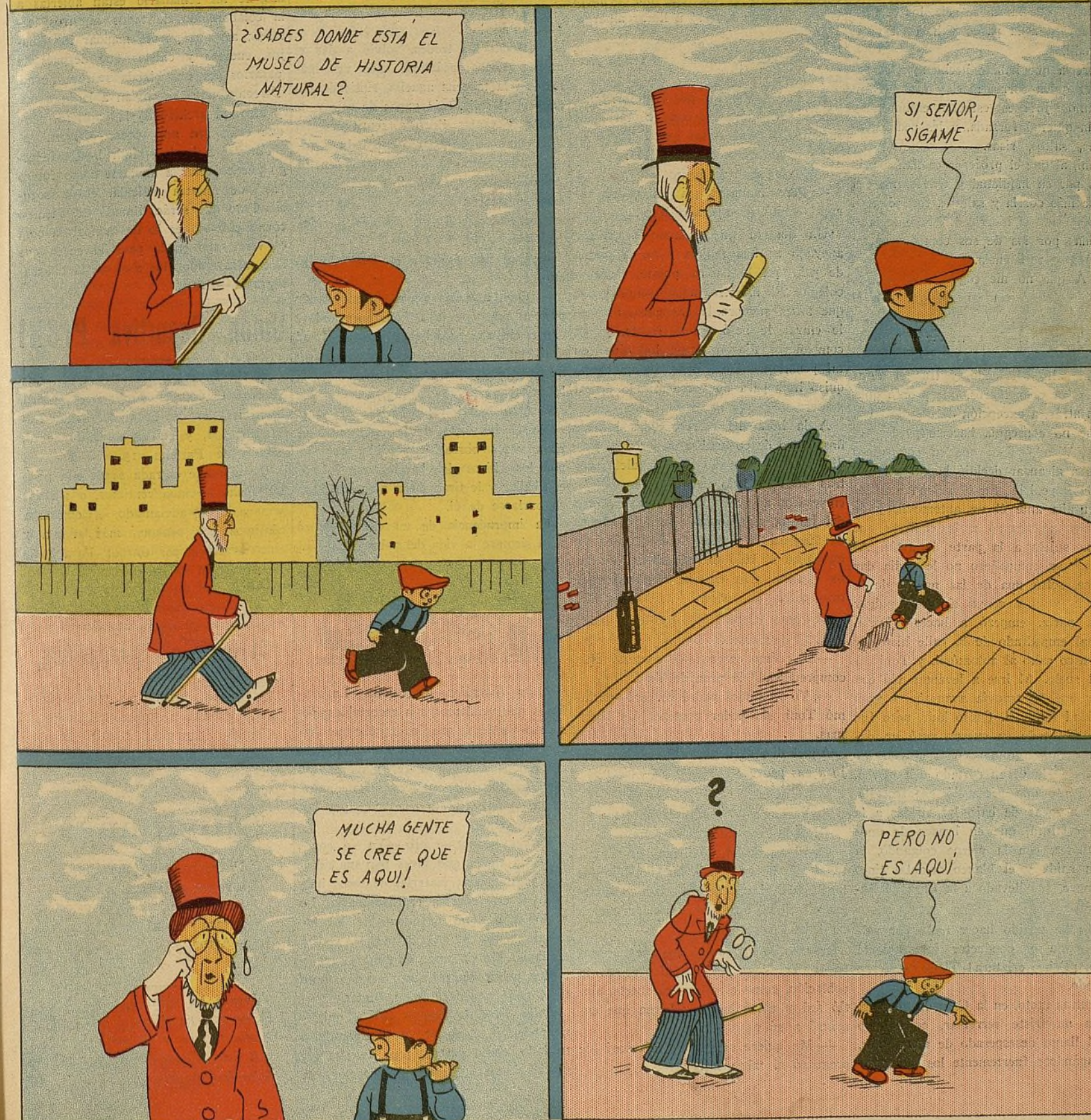


Nº 82 Año III • SEMANARIO INFANTIL • 20 CTS.

AVENTURAS DE PICHI



Pata de palo

Cuento por K. Chito

Se abrió la puerta del colegio y de ella salieron los muchachos con esa prisa con que se huye de una prisión. Prisión era al fin y al cabo para ellos, que que el que más podía contar ocho años, aquel colegio, en cuyas aulas frías sólo se oía el continuo y pesado deletrear o el canturreo de las tablas aritméticas. ¡Bastante les importaba a ellos saber de cantidades! Y luego, no se podían ni aun reír porque enseguida el maestro, ese señor que nunca se reía, los castigaba de cara a la pared y hasta a veces de rodillas.

Parecía que habían hecho apuesta para ver quién corría más, y era que sus músculos jóvenes estaban entumecidos con la quietud forzada, y les pedían carreras, saltos, risas.

Toni, al que el profesor castigaba más veces por su inquietud y travesuras, era el que más corría y saltaba. Sus piernas, fuertes como el hierro, difícilmente eran vencidas por las de sus compañeros en agilidad y resistencia.

—¡A que no me cogéis!—les dijo a cuatro o cinco compañeros que con él iban.

—¡A que sí!—le contestaron algunos a coro.

Toni salió corriendo, y tras él algunos de sus compañeros, que pronto quedaron atrás, a excepción de uno de ellos, al que no conseguía hacerle perder terreno. Viendo Toni que su compañero le iba a alcanzar decidió buscar un medio de impedirlo. En el mismo momento cruzaba ante él un automóvil, y de un salto se agarró a la cubierta que llevaba sujeta a la parte de atrás. Al ver que su compañero no le podía dar alcance, soltó una de las manos de la cubierta y poniéndose el dedo pulgar en la nariz, empezó a hacerle burla. El mal empedrado de la calle hizo dar un brusco salto al automóvil, y Toni cayó al suelo. Al irse a levantar vio con terror que un tranvía avanzaba a gran velocidad sobre él. Quiso huir, pero fué inútil. En todo su cuerpo notó un dolor intenso, algo así como si con un cuchillo le hubieran cortado una pierna.

La gente que presenció el atropello, corrió a sacar de bajo las ruedas a la pobre criatura, que en brazos de unos trauseantes, con la pierna colgando, la cabeza caída y el blanco delantal tinto en sangre, fué llevado a la Casa de Socorro.

—No he podido hacer nada por salvarle—decía el conductor intensamente pálido. ¡Pobre criatura! Tiene la pierna colgando.

Mientras tanto, en la Casa de Socorro, se oía un triste serretear, confundido con el llanto desesperado de una mujer, que tapándose fuertemente los oídos pa-

ra no oír el serreteo, gritaba con desesperación:

—¡Hijo mío! ¡Mi Toni!

Han pasado cuatro meses y tras una incesante lucha con la muerte, la fuerte naturaleza de Toni ha salido vencedora. Mientras estuvo en la cama, aparte del dolor que sentía, para nada echó de menos la pierna que le había sido cortada, pero el día que por primera vez se levantó, rompió a llorar amargamente.

—¡Mamita! ¡mamita! ¡no tengo pierna!

Su madre, ahogada por el dolor, quiso sonreír, pero las lágrimas brotaron de sus ojos, y para evitar que Toni se las viera se abrazó a él, diciéndole:

—No te importe, hijito.

—¡Pero mamita! ¡si no podré correr!—gritó desesperado Toni.

Un día, al fin, andando despacito, apoyado en una muleta y en la pierna de palo que le habían puesto, llegó al colegio. El maestro, aquel señor grave que antes siempre le castigaba, al verle entrar le besó en la frente, y sus compañeros fijaron en él los ojos con tal pena, que Toni, lleno de amargura, quiso huir para no verse mirado de tal manera.

A la hora del recreo, todos los niños, como de costumbre, salieron al jardín y Toni, apoyado en su muleta, fué tras ellos al lado del profesor. Todos empezaron a correr de un lado para otro del jardín, seguidos por los ojos llenos de lágrimas de Toni, que sentado en un banco al lado del profesor, recordaba aquellos días en que él era el que más corría de todos.

—¡Cómo corren!—le dijo con amargura al profesor.

—Sí, ¡cómo corren!—le contestó éste, comprendiendo la pena de Toni.

—¡Yo ya nunca podré correr!—exclamó Toni, sin poder contener las lágrimas.

Aquel día, al llegar a su casa, le dijo a sus padres:

—No quiero ir más al colegio.

—¿Por qué?—le preguntaron éstos.

—Porque me da mucha pena.

Desde aquel día, Toni huía de la gente, y así fué creciendo, huraño, lejos de los demás chicos de su edad, y amargado por la pena de verse su pierna de palo.

En uno de los paseos que acostumbraba a dar Toni por las afueras de la población, como el calor era fuerte, sintió sed y entró en un taberna que encontró a su paso.

—¿Me quiere servir un refresco?—le preguntó al tabernero.

—Lo siento, pero no tenemos agua—le respondió éste.

Iba Toni a marcharse, cuando oyó que le decía el tabernero:

—¿Si quiere usted vino?

Como el vino estaba fresco, y la sed que sentía Toni era grande, sin darse apenas cuenta, él que nunca bebía, bebió tres o cuatro vasos grandes de vino; y siguió su paseo.

A medida que avanzaba más, empezó a notar que se le iba borrando esa pena que siempre llevaba dentro de su alma. Sintió ganas de reír y rió. Y sin poderlo evitar empezó a cantar aquel cuplé que tanta rabia le daba oírsele cantar a su vecina. ¡El que nunca había cantado!

Ya todas las tardes, volvió a dar el mismo paseo, parándose cada vez más rato en la taberna aquella, sintiendo cada vez, al salir, más ganas de reír y de cantar y tantas llegó a sentir un día que entró en su barrio cantando a todo cantar. Pronto se reunieron en su alrededor todos los chicos del barrio, que empezaron a reír de los cantares entrecortados y de los traspiés que daba Toni.

—¡Que baile, Pata de Palo!—gritó uno.

—¿Qué, te crees que no puedo bailar por mi pata? le dijo Toni encarándose con el chico que tal había dicho—¡Mira! Y empezó a bailar con gran regocijo de los chicos, que en cuanto se paraba, le gritaban:

—¡Que baile! ¡que baile!

Yo le he visto desde entonces muchas veces borracho perdido, corrido por los chicos del barrio, que le hacen bailar y le tiran de la americana para burlarse de él.

La imprudencia de un día, destruyó para siempre la vida del pobre Toni.



Anita González.—Barcelona.—Las muñecas que vendemos son recortables, pero sin vestidos, que los tenéis que hacer vosotras, para ir os acostumbrando a ser modistas, pues al ser mayores eso hace mucha falta y economiza dinero. Si las quierdes, te las mandaré por correo. PICHÍ.

Rafael Solano.—Cádiz.—Ya se conoce en la tierra que vives por tus dibujos, pues mandas material de toros hasta para una corrida extraordinaria. Lo malo es que mi presidente te los ha echado todos al corral porque venían en lapiz. Manda unos en tinta negra y te los publicaré, pero no mandes tanto toro, ¡que nos da miedo! PICHÍ.

Lolín Pastor.—Coruña.—Bien quisiera poder ir a pasar una temporada a tu lado, como deseas, ¡con lo que me gusta el mar! Pero mi Director, en

cuanto se lo he dicho, se ha puesto furioso conmigo y me ha llamado trasto. Tu chiste te lo publicaré pronto y el cuentecito lo dejaremos para más largo, porque ahora, todo el mundo lo sabe de memoria.—PICHÍ.

Andrés Ramírez.—Madrid.—¡Amigo mío! ¡Tarde te desayunas! El concurso de enero se terminó en dicho mes, así que no sé cómo mandas ahora la solución; si te descuidas, la manda tu nieto, y eso que tienes diez años. Para tu satisfacción, te diré que está bien resuelto.—PICHÍ.

Maruja Alfaro.—Valencia.—Las páginas de mi semanario están abiertas a la colaboración de todos nuestros lectores; así que puedes mandar los dibujos, cuentos y chistes que después de pasarlos por una blanda censura de mi Director, unos se envían a la imprenta y otros al archivo de la papelería, aunque éstos son muy pocos.—PICHÍ.

Carlitos Salgado.—Madrid.—Desde luego puedes venir a anotarte como futuro "as" de nuestra película, en la seguridad de que serás filmado de Pichi o con Pichi, eso es lo de menos; la cosa es verse uno en la pantalla en la que han salido todos los ases de la cinematografía.—PICHÍ.

Unión Deportiva PICHÍ

Se advierte a todos los niños que simpaticen con el Club, que pueden inscribirse en la Casa de Pichi, Los Madrazo, 1, y en el domicilio social, Mesón de Paredes, 15.

La cuota de entrada es de una peseta treinta y cinco céntimos, o sea dos semanas por adelantado, a cincuenta céntimos por semana, más treinta y cinco céntimos por Carnet. Para hacer la inscripción ha de entregarse dos fotografías.

LA DIRECTIVA.

Anuncios gratuitos

Se cambia estampitas Nestlé. Diríjase a Pacífico, 14. Manuel Gallardo.

Cambio estampitas Nestlé. Diríjase a Rafael Bas.—San Ildefonso, 5.—Alicante.

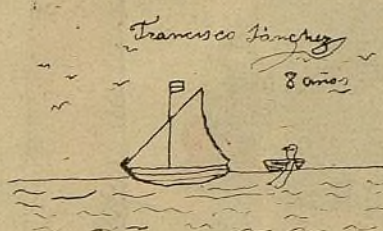
Adivinanzas

Un fruto y un animal,
soy, por mi suerte, a la vez:
fruto si me lees de un modo,
y carnívoro al revés.
—Arroz.

Lidio Alvarez

Juegan las niñas a prima doña.
Prima tercera ¡llora el bebé.
A dos tercera se va por todo,
y el todo es cosa que gusta a usted.
Solución.—Aroma.

LOS PEQUEÑOS DIBUJANTES



Aventuras del detective Ricar

El asalto al Banco de Avellaneda

—¡"La Razón"! ¡"Crítica"! ¡Con el so. A grandes zancadas recorría de un extremo a otro su despacho.

La gente arrebatava los diarios de manos de los vendedores. El suceso que anunciaban era sensacional. Hacía muchos años que no se había cometido un asalto tan audaz.

A las once de la mañana, en la calle de Mitre, se habían presentado en un automóvil diez individuos enmascarados, armados de carabinas. Cuatro de ellos habían entrado en el Banco y haciendo poner las manos en alto a los empleados se habían apoderado de quinientos mil pesos que había en la caja, mientras los otros seis, apuntando a los transeúntes y conductores de vehículos, habían cortado la circulación de la calle, y eso que en aquella hora era una de las más concurridas. La maniobra, que los malhechores debían de tener muy estudiada, se había realizado en unos minutos, y antes de que nadie tuviera tiempo de reponerse de la sorpresa, saltaron los malhechores al automóvil, y disparando al aire para amedrantar a las gentes, desaparecieron a gran velocidad.

La policía, a pesar de los muchos interrogatorios que había hecho a empleados y transeúntes, no había conseguido otro indicio, y ya era bastante, que el número de la matrícula del automóvil, pues en el color nadie se ponía de acuerdo. Unos decían que estaba pintado de verde, otros de gris y otros de negro o azul. Toda la policía de Buenos Aires y Avellaneda se puso en movimiento en busca del automóvil, con la esperanza de poder desentrañar el misterio, pero pronto se dispuso esta. Un policía había encontrado un automóvil con el mismo número de la matrícula. Era el del embajador de Francia, y no cabía suponer siquiera que se lo habían robado para dar el golpe, y luego volverlo a dejar en el mismo sitio, ya que el embajador había estado haciendo visitas toda la mañana utilizando su automóvil.

En todas las comisarias cundía el desaliento, y sobre todo en la del Puerto a cuya jurisdicción correspondía el Banco asaltado.

El comisario García, el policía más sagaz de toda la Argentina, estaba furio-

—¿Así, que el automóvil es del embajador?—decía al que le había traído la noticia.

—Sí, señor.

—¡Pues no debía de serlo!

—¡Claro que no!—le contestó el policía, que sabía lo peligroso que era llevarle la contraria.

—Es que si no fuera del embajador, podía ser el de los bandidos.

—Sí, señor, que lo sería.

De nuevo volvió el comisario García a pasear por el despacho, haciendo gestos y hablando entre dientes. Una de las veces, dándose un golpe en la frente y parándose ante el policía, le dijo:

—¿Y si el muchacho se hubiera equivocado? Dígame que pase.

Salió el policía, volviendo a entrar a los pocos minutos acompañado de un muchacho de unos diez y nueve años, de aspecto tímido.

—¿Usted está seguro de que el automóvil es el 12.415?

—Sí, señor—le respondió el muchacho.

—¿Y por qué no era el 12.415?

—Me parece que no.

El comisario García, acostumbrado al interrogatorio de maleantes y a sacar por tanto de una mentira una verdad, insistió sañudamente al muchacho que el número de la matrícula era el que él decía, hasta que vencido el carácter tímido de éste por la insistencia del comisario, acabó por decir:

—Sí, señor; me parece que sí, que la matrícula era el 12.415.

—¡Escriba!—ordenó el comisario al policía dictándole unos párrafos, al pie de los cuales firmó el muchacho.

—¡Bien, bien! ¡Que busquen el automóvil 12.415!

En un conventillo de la calle de Reconquista al 1.500, vivía Luis Ricar con su mujer, su hija, nena de tres años, y su hermano Adolfo. La amplia habitación que les servía de vivienda, estaba dividida, como se acostumbra en estas casas de vecindad, por biombos para separar el comedor de la cocina y de los

dormitorios. La cena estaba sobre la mesa, y a su alrededor toda la familia devoraba con gran apetito la comida entre risas y charlas.

—Tito—dijo la niña—¿A que no averiguas lo que he hecho hoy?

—¡A que sí! A ver, acércate.

Miró Adolfo largo rato a la niña, que con gesto grave se prestó al examen.

—Hoy me parece—dijo Adolfo al cabo de unos minutos de examen—que has sido mala. Has estado corriendo a gatas por el patio. Después has andado con el agua de lavar, y porque te has mojado las mangas, mamá te ha castigado a estar sentada a su lado.

—Sí que es verdad—respondió la niña—¿Cómo lo has averiguado?

—Pues muy sencillo. Que ha estado corriendo a gatas, porque tiene las puntas de las zapatillas rozadas y las manos un poco rozadas por la arena. De no haberse puesto a andar largo rato en el agua de lavar, tendría las manos sucias, claro que se las podías haber lavado tú; pero como le huelen a jabón de fregar, tú no se las has lavado.

pues acostumbras a hacerlo con jabón de tocador. Después, la mudastes el traje, y se lo mudastes hace poco más de una hora, lo que indica que lo tenía mojado, de lo contrario, aunque lo tuviera sucio, hubieras esperado a mudárselo mañana, pues faltaba poco para la hora de acostarse.

—¿Y cómo sabes que se lo he mudado hace una hora y que ha estado castigada?

—Por estos hilos que tiene en el vestido. Tú, hasta el anoche, no te ponías a coser, y la niña no tendría, de no haber estado castigada, hilos en el delantal, pues hubiera estado corriendo, como acostumbra, por el patio hasta nuestra llegada y mal por tanto los tendría adheridos, porque acostumbras a recoger tu costura antes de nuestra llegada.

—Es verdad. ¡Para policía no tendrías precio!—exclamó su cuñada.

Unos golpes recios dados a la puerta de la habitación cortó la conversación.

—¿Quién será?—dijo la mujer de Luis levantándose para abrir.

Cuatro policías entraron en la estancia.

—¿Vive aquí Luis Ricar?—preguntó uno de ellos.

—Sí, señor, soy yo—respondió Luis saliendo a su encuentro.

—En nombre de la ley queda usted detenido—dijo el mismo policía poniéndole la mano en el hombro.

—¿Yo? ¿Por qué?—le preguntó Luis con cara de asombro.

—Como uno de los presuntos autores del asalto al Banco de Avellaneda—le respondió el policía.

—¿Yo? ¡Pero si he estado toda la mañana trabajando!

—Eso ya lo aclarará usted en la comisaría.

Al poco rato salía Luis esposado de la habitación, seguido de los policías, entre el cuchicheo de los vecinos.

—¡La Nación! ¡Con la detención de uno de los autores del asalto al Banco de Avellaneda!

Adolfo Ricar, que venía de la Comisaría de intentar hablar con su hermano, sin conseguirlo, porque estaba incomunicado, compró el diario, y ávido buscó en él la crónica del asalto.

Su vista tropezó con el epígrafe, que en gruesos caracteres se leía: "Ha sido detenido Luis Ricar, propietario del automóvil que utilizaron los asaltantes. Aunque niega su participación en el asalto, incurre en grandes contradicciones."

Adolfo estrujó con rabia el diario. ¡No podía ser! ¡Su hermano Luis acusado de robo! ¡El, que era tan honrado! Según decía la reseña, su hermano había estado toda la mañana, con su taxi, enseñando la población a unos turistas del "Lusitania" y la policía creía que era una estratagema de Luis para eludir su responsabilidad, porque este extremo no se podía comprobar, pues el buque había partido al medio día del puerto para Europa.

Adolfo, entristecido por las malas noticias, llegó a su casa.

—¿Sabes algo?—le preguntó su cuñada con ansiedad.

—Todo sigue igual—contestó Adolfo con desaliento.

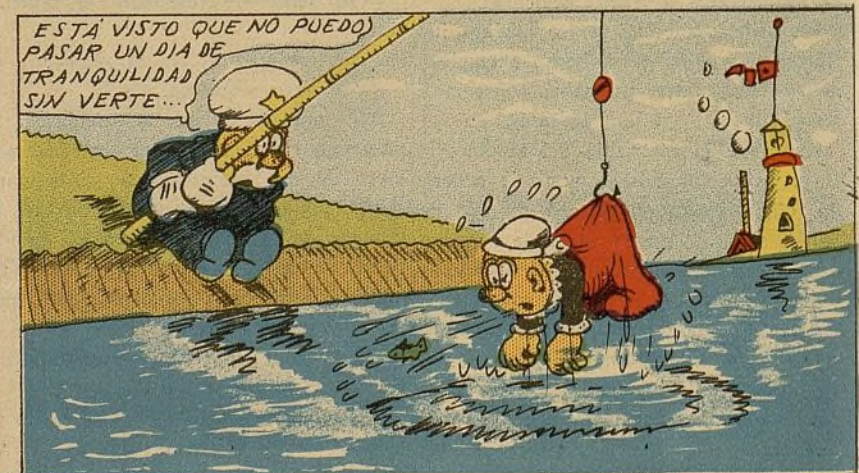
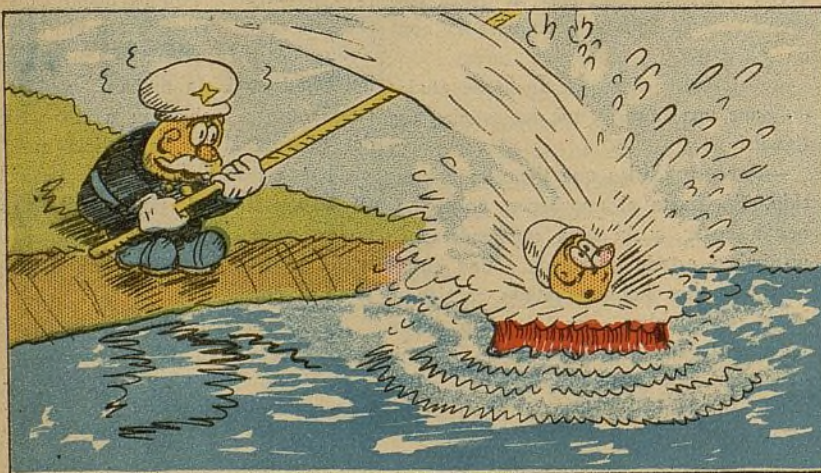
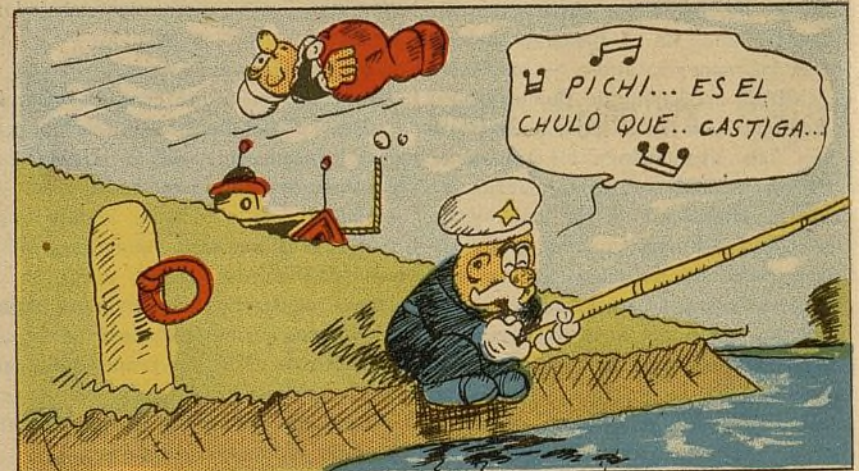
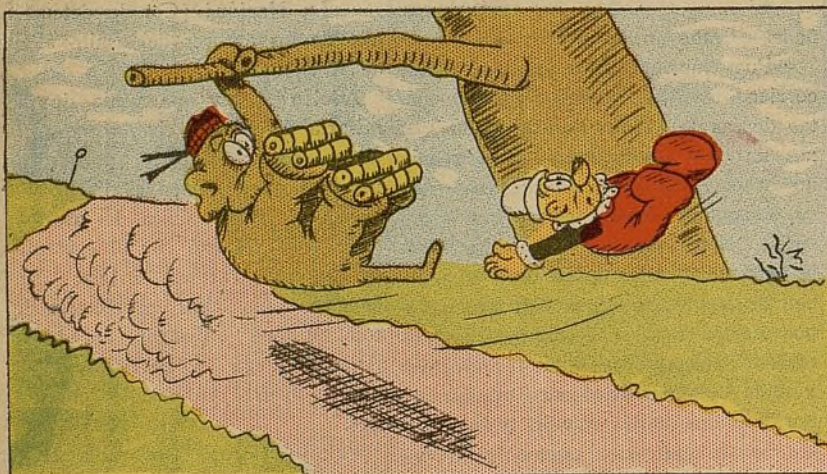
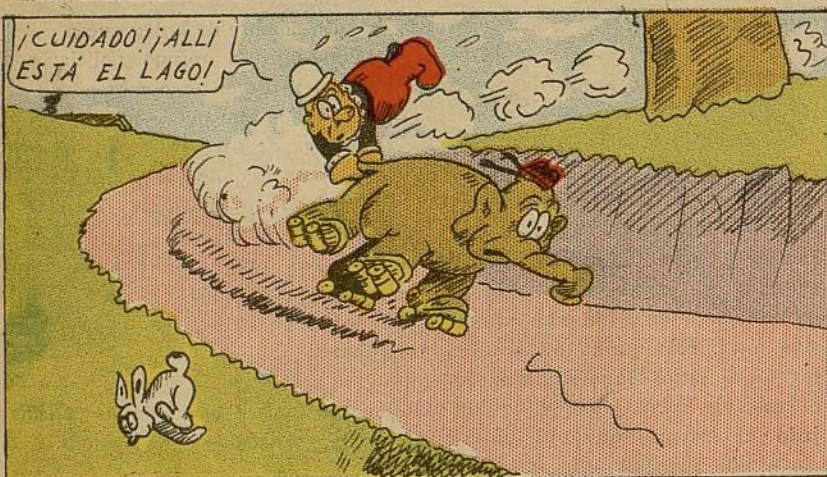
—¿Qué va a ser de nosotros sin él—exclamó su cuñada llorando.

—Ten calma, que aunque la justicia le acusa, yo me encargaré de hacer resplandecer su inocencia.

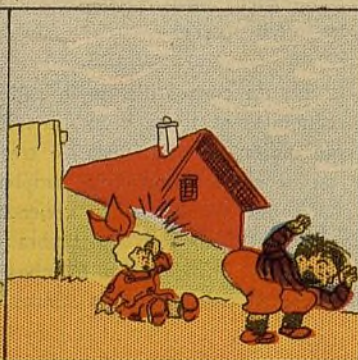
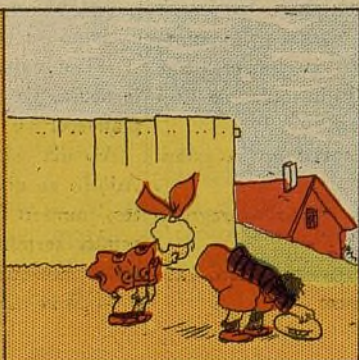
Al día siguiente, muy de mañana, Adolfo se dirigió a la calle de Corrientes, número 942. La portera de la casa estaba terminando de barrer el portal, en el momento que Adolfo le preguntó:

—¿Vive aquí Alberto Gosqui?

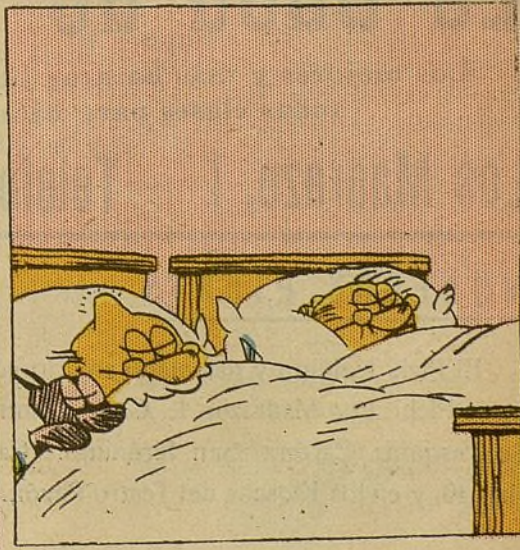
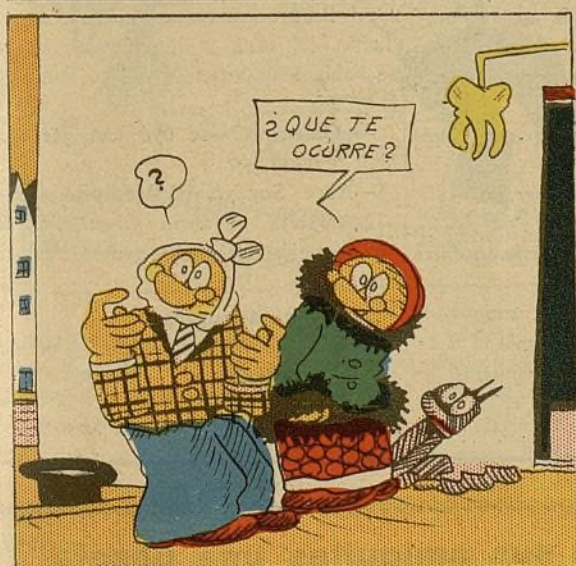
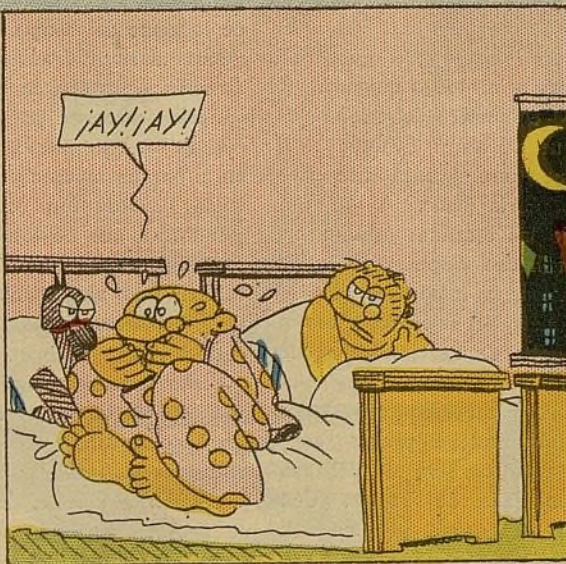
* PANCHITO *



¡OH LA BEVA NESITA!



EL DOLOR DE MUELAS



—Sí, señor; en el departamento 16.
De dos saltos se presentó Adolfo en la puerta del departamento, y llamó al timbre.

—¿Alberto Gosqui?—preguntó a una anciana que salió a abrirle la puerta.

—¡Otra vez! ¡Pobre hijo mío, no le dejan parar desde el dichoso asalto!

—¡Ni que fuera uno de los asaltantes! ¡Alberto, Alberto! que preguntan otra vez por ti.

En mangas de camisa hizo su aparición el muchacho.

—¿Qué desea?—preguntó a Ricar.

—Quisiera hablar unos minutos a solas con usted.

Alberto hizo pasar a una habitación a Ricar, e invitándole a sentarse, le preguntó:

—¿Qué desea de mí?

—Soy Adolfo Ricar, y a mi hermano lo han detenido como presunto asaltante al Banco de Avellaneda, y yo estoy convencido de que es inocente, y necesitaba unas aclaraciones de usted.

—Poco podré decirle, pero pregunte, que estoy dispuesto a satisfacerle—respondió Alberto.

—Usted, en un principio, declaró que el número de la matrícula del automóvil era el 14.215, y luego se rectificó usted, y dijo que era el 12.415: fué de su propio impulso la rectificación?

—Verá. Al descubrir la policía que el automóvil 14.215 era el del embajador de Francia, me llamó el comisario, y me instó a que recordara bien el número. Ante su insistencia estuve pensando largo rato, al cabo del cual quedé convencido de que estaba equivocado; el número de la matrícula era el 12.415.

Ricar, ante la declaración tan rotunda de Alberto, quedó un momento pensativo.

—¿Me querrá usted hacer un favor?—le preguntó.

—Si puedo, ¿por qué no?

—Si le vuelven a llamar a declarar, quisiera que me llamara por teléfono, al Mayo 15.302.

—Desde luego—dijo Alberto haciendo además de levantarse para anotarlo, pero Ricar se lo impidió diciéndole:

—No hace falta; ya le dejaré una tarjeta.

Ricar estuvo cerca de una hora ha-

ciéndole preguntas indiferentes, hasta que, levantándose, le dió las gracias por su amabilidad, disponiéndose a marchar. Ya en la puerta buscó con insistencia en los bolsillos.

—Lo siento—dijo—, creí que había traído tarjetas y no tengo ninguna. ¿Recuerda usted el número del teléfono?

—Creo que sí. Mayo 15.302.

—Veo que tiene buena memoria—le dijo tendiéndole la mano.

Ricar bajó las escaleras pensando:

—Este muchacho, después de una hora de conversación, ha recordado perfectamente el número del teléfono, y eso que estaba tranquilo. La nerviosidad agudiza la retención de las cosas. ¿Cómo, pues, declaró primero un número y después otro? Indudablemente el primero era el verdadero; pero ese era el del automóvil del embajador de Francia. ¿Cómo entonces otro automóvil con la misma matrícula habían utilizado los asaltantes? La cosa era lógica. La matrícula de los asaltantes era falsa.

Después de sentar esta conclusión, la cara de Ricar tomó el aspecto risueño que siempre tenía, y que desde la detención de su hermano, había perdido. Con paso ligero, tomó la calle Corrientes arriba, torció por la de Callado y entró en una tienda de grabados que en ella había.

—¿Está el señor Ruiz?—preguntó a un dependiente.

—Sí, señor.

—Quisiera verle.

Unos minutos después, Ricar hablaba con el señor Ruiz en la trastienda.

—Ya me he enterado de lo que dicen los periódicos de tu hermano, pero me parece que la policía está "metiendo la pata". ¡Tu hermano no puede estar complicado en eso!

—Precisamente te venía a hablar de ello—le respondió Adolfo. En pocas palabras le contó sus impresiones y terminó diciéndole: —y quisiera de ti que me hicieras una placa igual a la que usan los automóviles con el 14.215 que yo vendría a recojerla cuando la necesitara.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Probar la inocencia de mi hermano.

—Si es para esto, cuenta conmigo. Esta tarde la tendrás a tu disposición.

El bar de "La Marina", situado frente al puerto en el barrio llamado de La Boca, por estar a la salida del puerto de Buenos Aires, era el sitio de reunión de la gente del hampa, y únicamente algunos marinos francos de servicio se atrevían a entrar en el local.

Serían cerca de las doce de la noche, cuando hizo su entrada precipitadamente en el bar un muchacho que bajo su chaqueta llevaba algo oculto y que dirigiéndose a uno de los rincones más escondidos, se sentó ante un velador, cerca del cual unos individuos de los de peor aspecto de toda la concurrencia, cuchicheaban y bebían.

Como si temiera algo, miró a un lado y a otro de la sala, y creyendo que nadie le observaba, sacó de debajo de la chaqueta un bolso de señora que abrió y empezó a revisar su contenido. Uno de los del grupo le estaba observando de reojo, y al ver el montón de billetes que sacó del bolso, hizo una seña a los otros.

—¿Qué?—le preguntaron.

—Mirar el novato, qué golpe ha dado—; y levantándose el que tal decía, se dirigió al muchacho, que distraído en la operación de contar los billetes, no se dió cuenta de su presencia. El individuo al que todos conocían por el "Chato", por su escasa nariz, le puso la mano en el hombro. Al contacto de la mano el muchacho dió un salto, y escondiéndose el dinero, hizo ademán de sacar un arma. El Chato y sus compañeros soltaron a coro la carcajada al ver el susto que había recibido.

—¡No te asustes, hombre, que no te voy a detener! Somos del oficio.

Ricar, al que difícilmente se podía reconocer bajo su disfraz de apache, miró con ojos desconfiados al Chato y sus compañeros, pero su aspecto pareció tranquilizarse.

—Tendrás que convidar por el buen golpe que has dado.

—Bueno, tomar lo que queráis.

—Vente a nuestra mesa.

Ricar se levantó y tomó asiento entre los apaches.

—Aquí te presento a mis amigos—le dijo el Chato—. Este le llamamos el "Lágrimas" porque nunca está contento de lo que limpia. Este otro es el "Gato",

porque no hay quien le aventaje a escalear muros. Y aquél es el "Mecánico", que se dedica a reparar automóviles de dueños distraídos. Y tú, ¿quién eres?

—Mis amigos me llaman el "Lima" porque soy mecánico de profesión. Un día me quedé sin trabajo, y uno que había sido compañero de taller, me propuso dedicarnos a robar autos, y empezamos el negocio. Un grabador que conocíamos nos proporcionaba matrículas falsas, y nosotros mismos pintábamos los autos robados, que luego vendíamos. Desde el día del asalto al Banco de Avellaneda no ha querido el grabador hacernos más placas por no comprometerse, y hoy, como no tenía dinero, le he limpiado a una señora el bolso, que por cierto no está vacío del todo.

—¡Mira el que nos creíamos novato!—dijo el "Mecánico"—y casi me deja en mantillas en eso de los autos. Por poca cosa has dejado el oficio. Ya te presentaré yo a mi grabador, y verás cómo ese no es tan cobarde como el tuyo. Ahora, que es algo caro.

Después de charlar y beber largo rato, se levantó el Mecánico, y dirigiéndose a Ricar, le dijo:

—Si vienes, hablaremos de negocios.

Ricar se puso en pie, y después de despedirse de los demás, salió acompañado del Mecánico.

—¿Quiéres que demos un golpe juntos?

—No deseo otra cosa—le respondió Ricar.

—Pues vamos, que te presentaré al grabador.

Tomaron un taxi, y el Mecánico ordenó al conductor que los llevara a la calle Salta, 2.300.

Al llegar a la casa indicada, descendieron del taxi, y después de que éste se había alejado, el Mecánico llamó con los nudillos.

—¿Quién va?—se oyó una voz recia que preguntaba.

—Abre. Soy yo. El Mecánico.

La puerta se abrió y en ella hizo su aparición un hombre grueso, mal encarado.

—¿Vienes acompañado?

—Sí, mi nuevo socio—le dijo presentándole a Ricar.

—Pasar.

La Casa de Pichi

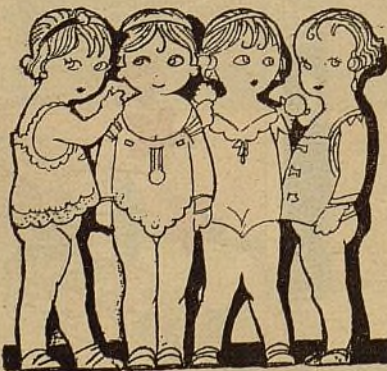
Los mejores y más baratos juguetes de todas clases para niños

Los Madrazo, 1 Teléfono 96247

MUNECOS PICHIS

El Pichi legítimo y patentado sólo lo venden en La Casa de Pichi, Los Madrazo, 1. Casa Colomina, Puerta del Sol, esquina Carrera San Jerónimo. Casa Llacer, Atocha, 49, y en los Kioscos del Teatro Pavón y Circo de Price.

Pichi regala a sus amiguitas una peseta

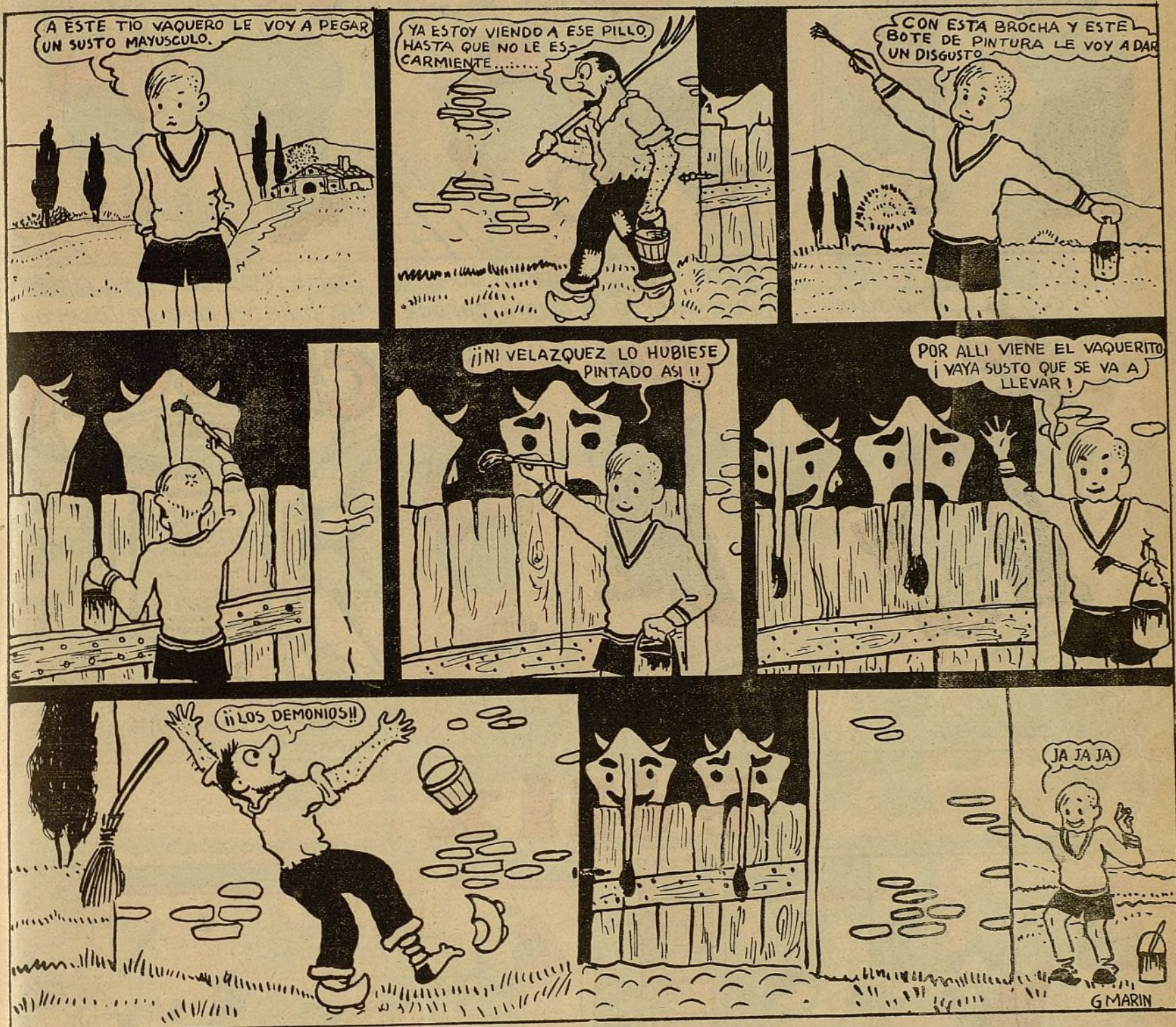


Pichi, acaba de editar cuatro grandes muñecas para vestir, de cincuenta centímetros de altas, en cartón. Se llaman, Cheché, Nené, Pilé y Teré. Pronto serán tan populares como el mismo Pichi, y con objeto de que las conozcan todas sus amiguitas, Pichi venderá un millar de ellas a mitad de su precio, o sea, UNA PESETA.

De venta en la Administración de Pichi, Mayor, 19. Para provincias, una peseta cincuenta céntimos.

Niñas, no dejéis de adquirir, antes de que os cueste más caro, las cuatro muñecas, Nené, Cheché, Teré y Pilé.

¡VUELVE POR OTRA...!



Después de cruzar varios pasillos oscuros, entraron en una habitación llena de chapas y grabados.

—Sentaros—dijo el grabador a sus visitantes—. ¿Qué os trae por aquí?

—Queríamos que nos hicieras unas matrículas de automóviles—le respondió el Mecánico.

—Pero tendrán que estar bien hechas—dijo Ricar— porque después tenemos que vender los autos. ¿Si nos pudieras enseñar muestras?

El grabador se levantó y trajo varias chapas de matrículas que mostró a Ricar, el que las examinó una por una y fué rechazándolas por defectuosas.

—No me gusta ninguna. Mañana te traeré yo una muestra, para que nos hagas tres o cuatro.

Después de un rato de conversación, se despidieron del grabador, y cada uno, al llegar a la puerta, tomó distinto camino, quedando citados para el día siguiente en el mismo bar.

—Esto va bien—se decía Ricar fro-
tándose las manos—. Poco te queda,
Luis, de estar en la cárcel.

A las diez de la mañana del día siguiente, Ricar, con el mismo disfraz de la noche anterior, llamaba a la puerta de la casa del grabador.

—Veo que madrugas—le dijo éste.

—A estas horas nadie sospecha—respondió Ricar.

—Cuando estuvieron en la misma habitación, Ricar sacó debajo de la chaqueta, una chapa envuelta en un papel, que desenvolvió y dejó sobre la mesa. Al ir a examinar el grabador dió un salto en la silla, exclamando:

—¿Qué imprudente! ¿Cómo te has atrevido a venir con esta chapa? ¿Quién te la ha dado?

—Un vecino mío

—Siempre habrá sido "El Lagarto" y eso que me dijo que la iba a destruir. ¿Entonces tú vives en Jujuy al 1.200?

—Sí, en la casa de enfrente de "El

Lagarto"—le contestó Ricar haciendo gran esfuerzo para contener su alegría.

Sólo los momentos precisos para encargarle cuatro chapas se detuvo Ricar en casa del grabador, y en la misma puerta de la casa tomó un taxi.

—Pronto, a la comisaría del Puerto—dijo al chofer.

El comisario García estaba desesperado porque no se encontraban los cómplices del que él creía culpable, de Luis Ricar, cuando hizo su entrada en el despacho Adolfo Ricar.

—¿Qué desea usted?—le preguntó el comisario.

—Soy Adolfo Ricar.

—Y vendrá usted a saber de su hermanito, ¿eh!

—No, vengo a probar su inocencia.

Los diarios de aquella noche contaban los detalles de la detención de los asaltantes del Banco de Avellaneda, y la participación que en ella había te-

nido Ricar, y pudieron recuperarse cuatrocientos mil, de los quinientos mil pesos robados.

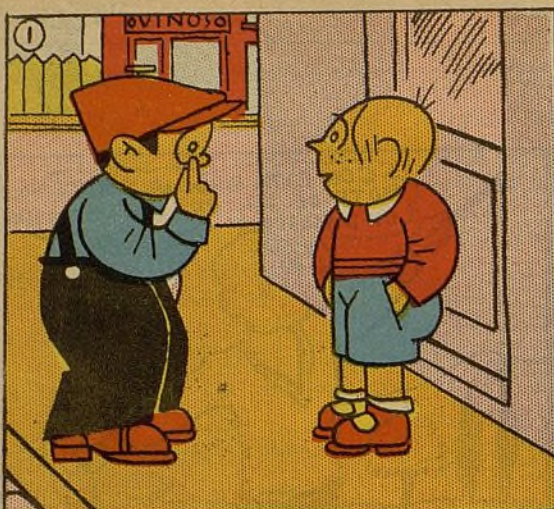
Pasados unos días se presentó en casa de Ricar un portero del Banco de Avellaneda, para rogarle, en nombre del Director, que tuviera la bondad de pasar por el despacho.

Al entrar al despacho del Director, salió éste a recibirle y estrechándole la mano, le dijo:

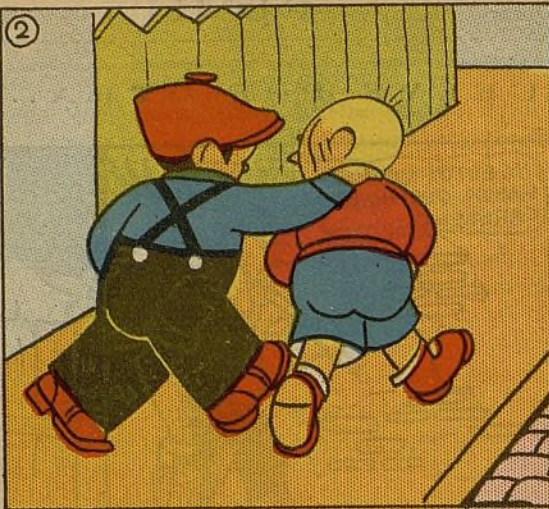
—Gracias a usted se ha recuperado el dinero y se podrá castigar a los culpables. El Consejo de Administración del Banco ha acordado recompensar a usted con este cheque de cien mil pesos, en premio a su servicio, que puede hacer efectivo en nuestras oficinas. Vaya a cobrarlo pronto, no sea que le atraquen a usted—le dijo sonriendo.

El próximo episodio se titulará: "La mujer descuartizada".

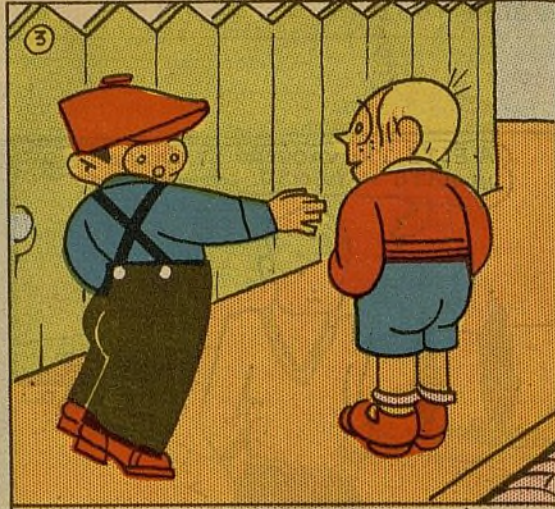
Imp. de EL FINANCIERO. Ibiza, 13 Madrid



1
Pichi dice a Serafin
¡¡Ojo!! con el Carbodin



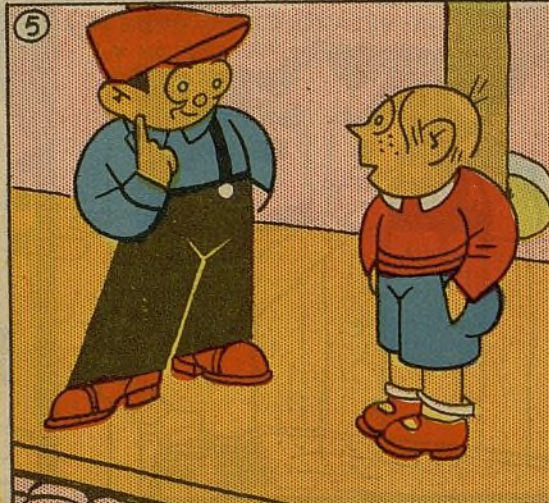
2
-Pide, mejor que un bombón
Que ahorre tu mamá carbón



3
-Con esto tendrá en dinero
Mas billetes que un torero.



4
-Y lograrás un juguete
Como el que tiene Pochete

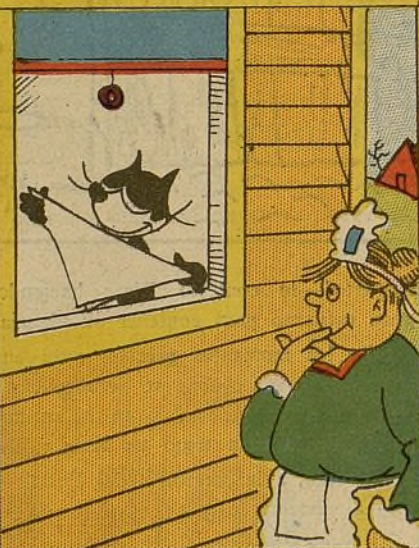


5
-Tu mamá para tal fin
Debe emplear CARBODIN

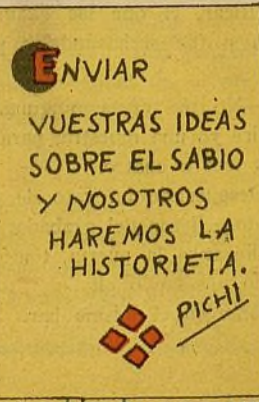


POR CADA CINCO PESETAS QUE VALE
UN BOTE DE CARBODIN, SE AHO-
RRAN CINCO DUROS DE CARBÓN.

Félix



EL SABIO DISTRAIDO.



ENVIAR
VUESTRAS IDEAS
SOBRE EL SABIO
Y NOSOTROS
HAREMOS LA
HISTORIETA.
PICHÍ

LIT. CRÓMO-MADRID.